

LOS RECOVEROS

Magdalena Valenzuela Guzmán
www.huelma.org

Hasta mediados del siglo pasado, muchos de nuestros vecinos residían en cortijos, en algunos casos bastante alejados del núcleo urbano. Esta realidad, ocasionaba múltiples problemas a la hora aprovisionarse de los útiles imprescindibles para el trabajo diario, la adquisición del ajuar doméstico, o el acceso a determinados alimentos.

Cierto es que todos los cortijos disponían de huerta, árboles frutales, animales de corral y casi todo lo necesario para autoabastecerse. Sin embargo, había una serie de productos que no podían fabricar o cultivar, pero que eran necesarios en la vida diaria, y para adquirirlos había que desplazarse a otra localidad y hacer un desembolso económico, que no siempre era posible. De esta necesidad, surgió una profesión, la de recovero.

¿Qué es un recovero?

Según María Moliner, recovero es la persona que se dedica a la recova, es decir, a la "compra de huevos, gallinas y otras aves, que se hace por los pueblos, para revenderlos".

Para ejercerla era preciso obtener lo que ellos llamaban "la matrícula", que era un permiso que otorgaban los ayuntamientos, que oficialmente se denominaba "permiso de ropavejero", consistente en una autorización personal y expresa para transitar por los caminos portando diversas mercancías, y que les permitía, cuando eran requeridos por las autoridades, demostrar que los artículos que portaban les pertenecían, y no eran fruto de saqueos o robos. Caso de no llevar este permiso, le requisaban el género.

El recovero era un profesional del trueque, que una o dos veces por semana acudía a los cortijos, ofreciendo su variada mercancía, que en general se podía dividir en cuatro grupos:

- piezas de tela con las que confeccionar sábanas, mandiles, ropas de vestir y cualquier prenda de ajuar doméstico.
- Menaje de cocina, cacerolas, ollas, platos, cubiertos etc.
- Material de costura, como tijeras, agujas, bastidores, etc. Todos ellos útiles muy importantes, porque en esos años la ropa y los ajuares se cosían en casa.
- Algunos alimentos que no se podían cultivar en el cortijo, como arroz, chocolate, azúcar, café, pescado, etc.

Los recoveros portaban su mercancía a lomos de mulos o burros, aparejados con un "capacho", que era un apero de esparto, que constaba de un armazón que se colocaba sobre el lomo del animal, y que caía a ambos lados del mismo, cada uno de estos lados iba provisto de un seno de forma cuadrada, también de esparto, donde se introducían la mercancía a vender. La venta se hacía de la siguiente manera:

Cuando llegaba al cortijo, mostraba su mercancía, casi siempre a las mujeres de la casa, que habitualmente eran las encargadas de efectuar las compras. Elegido el producto, se procedía a anotar en una libreta el nombre de la compradora y el precio de lo adquirido en pesetas. Como lo habitual era abonar el coste en varios plazos, en

una columna al margen, se iban anotando las cantidades a cuenta que la clienta iba entregando en cada visita, restándolo del total hasta que la deuda quedaba saldada.

La forma en que se acostumbraba a hacer el pago, era el trueque. Quienes se dedicaban a la recova, cambiaban su mercancía por huevos, aunque a veces también aceptaba otras formas de pago.

Resulta curioso que aunque en todos los cortijos se criaban gallinas, el uso que se daba a los huevos no era el de consumo propio, si no el de moneda de cambio, por tanto, eran imprescindibles para aprovisionar el cortijo de ciertos productos y enseres.

Vecinos de Huelma que les tocó vivir su juventud en esos años, me cuentan, que los huevos eran importantísimos para la economía doméstica. Comer un huevo en aquella época era un lujo que solo se permitían en días de fiesta muy señalados, o cuando estaban enfermos, pero que el resto del año se guardaban para la recova. Tal era así, que esta carencia incluso dio origen a la expresión “cuando seas padre comerás huevos” que alude a que solo el sustentador de la familia, el que trae el jornal a casa y necesita un aporte extra de nutrientes, tenía acceso a tomarlos.

Yo, antes de hablar con vecinos de Huelma que fueron recoveros en su juventud, consideraba que el trueque funcionaba de una manera muy simple: El recovero vendía uno de sus productos y fijaba el precio en docenas de huevos, y si el cliente no podía entregárselos de una sola vez, lo iba haciendo en semanas sucesivas, y así poco a poco saldaba la deuda.

En la primera entrevista me sacaron de mi error, no se podía hacer como yo imaginaba porque el precio del huevo sufría fluctuaciones, dependiendo de la oferta y la demanda. Así en verano, que todas las gallinas los ponían, el precio descendía y en invierno, que dejaban de poner, su precio subía como la espuma.

En consecuencia, tanto el importe de la mercancía como el de los huevos se calculaban en pesetas, y el valor de cada entrega a cuenta era diferente, en función del valor que alcanzaran los huevos esa semana en el mercado.

Un recovero de Huelma, al final de un día de trabajo solía llevar en sus capachos unas cuarenta docenas de huevos que había que transportar hasta el pueblo. Al tratarse de un producto muy frágil y disponer para este traslado solo de uno o dos animales de carga, que ya portaban en sus capachos las mercancías para vender, había que agudizar el ingenio para que no se rompieran por el camino.

Para ello, cubrían el fondo de los capachos con granzas de paja y sobre ellas iban colocando con cuidado los huevos por capas, terminando siempre con una capa de paja. Después se colocaban los tejidos para vender y encima de todo el resto de las mercancías de estructura más dura.

¿Qué hacían con tantos huevos? Algunos de tenían una tienda en el pueblo, o vendían directamente en su casa, pero ni de lejos podían dar salida a toda la producción, por lo que la inmensa mayoría se vendía en Granada.



Jaulas para transportar huevos

Cada recovero, disponía de unas “jaulas” como la que aparece en la foto, con sus iniciales grabadas, con una capacidad de ochenta docenas, dispuestas en capas o tandas cubiertas de virutas de madera para que no se rompieran en el trayecto.

Una vez a la semana Juan León García, conocido como Juan el de Cabrita, que era dueño de un pequeño camión Ford, pasaba por el domicilio de cada uno de estos profesionales, recogiendo las jaulas y las transportaba a Granada.

Me cuenta su hijo, que salía de noche ya que el viaje, por carreteras sin asfaltar duraba tres horas. allí vendía los huevos a dos clientes; Manuel Garzón que tenía una tienda en una calle cercana a la Gran Vía y un tal Juan que tenía un puesto en la plaza, este Juan del que desconocemos su apellido, era el comprador del ochenta por ciento de la producción de huevos de Huelma.

Aunque lo habitual era que el pago se efectuara en huevos, también se aceptaba el trueque con animales de corral, pollos, conejos o chotos y en tiempo de navidad en pavos, que traían andando desde los cortijos hasta el pueblo.

Me cuentan casi todos los recoveros con los que me he entrevistado para elaborar este trabajo, que otra forma bastante habitual de cobrar la mercancía era la permuta por trigo o cebada, pero que éste era casi siempre un método de pago “clandestino” utilizado por mujeres cuyos maridos, cicateros a la hora de gastar dinero para vestir o calzar a sus numerosos hijos, no veían la necesidad de hacer ese gasto.

Ellas, aprovechando que los hombres se encontraban trabajando en el campo cuando llegaba el recovero, se acercaban al troje¹ donde se almacenaba el grano y sisaban lo que podían, que a veces eran unos kilos y si lo almacenado era mucho, podían tomar hasta dos o tres sacos, sin que el esposo lo notara, de esta manera calzaban y vestían a sus hijos o a ellas mismas.

Esta última forma de trueque, no agradaba a los recoveros porque les ocasionaba un problema añadido, ya que ellos viajaban con un animal, generalmente un mulo o caballo que ya llevaban cargado, y al que no podían agregarle uno o dos sacos

¹ Estructura destinada a depósito de productos agrícolas generalmente de forma cuadrada, situado en el interior de la vivienda.

de más, pero tampoco podían dejar el grano para posteriormente ir a recogerlo, porque el esposo no era conocedor del trueque realizado, lo que les obligaba a buscar escondites en el campo o en cortijos de conocidos, poniendo en un compromiso a mucha gente. No obstante me dicen que lo aceptaban porque sabían que estas mujeres no tenían otra forma de vestir a sus hijos.

La recova era un trabajo duro, que obligaba a estar siempre en los caminos, con frío, calor, lluvia o nieve. Salían con sus animales de noche y volvían también de noche y en algunos casos, si la ruta era larga, no regresaban en dos o tres días a su casa, pero con esta peculiar forma de trabajar fue posible que en aquellos tiempos de precarias economías familiares, los hogares dispusieran de lo imprescindible para vivir, utilizando el canje de unos productos por otros, sin tener que hacer un desembolso económico que en la mayoría de los casos resultaba imposible de asumir.

A últimos de los 60 la sociedad española se transforma. Cambian los valores y las gentes del campo comienzan a desear para sus hijos un futuro diferente al que ellos habían tenido. Se produce un éxodo desde los cortijos a núcleos de población mayores. La gente se traslada a vivir al pueblo donde la vida es más fácil, los niños pueden acudir al colegio, hay asistencia médica y comercios.

La sociedad cambia y la recova, al desaparecer la necesidad que la creó, también desaparece. Los recoveros de Huelma se vieron obligados a cambiar de profesión, algunos de ellos continuaron con las tiendas que anteriormente regentaban, otros que aun no siendo propietarios de un comercio, ya habían empezado a vender en sus casas las aves que permutaban en los cortijos, montaron una carnicería, otros se dedicaron al campo y alguno se hizo municipal. Así, poco a poco, dejaron de transitar los caminos y la profesión desapareció.

Para terminar no quiero dejar de reconocer la labor social que ejercía el recovo. En una sociedad tan aislada, su llegada era un soplo de aire fresco que rompía la rutina diaria, era fuente de información sobre lo que ocurría en los alrededores, por él se sabía quién había muerto, se había casado, tenido un hijo o cualquier noticia que había conmocionado al pueblo o a algún cortijo de los alrededores, y ese era tema de conversación en las largas noches a la luz del candil, que perduraba hasta la siguiente visita del recovo, en que otra noticia tomaba el protagonismo.

Algunos recoveros de Huelma fueron:

- **Francisco Barjas Martínez.** Era conocido como Paco generé.



Nacido en Huelma en 1908, se casó en 1931 con María Asunción García Díaz y falleció En 1986.

Se incorporó a la recova en los últimos años de la década de los 40 y se dedicó a ello unos veinte años.

Inició la profesión comprando un caballo para recorrer las veredas de Huelma. Su zona de trabajo se centraba en el campo del Moral, la Mata Grande, La Villa, Solera y La Estación de Huelma.

Su ruta más larga duraba tres días e iba desde la estación de Huelma, donde pasaba la noche, hasta Larva. En esos días no regresaba a su casa.

En sus capachos solo portaba piezas de tela con las que confeccionar cualquier prenda de vestir o del hogar. A diferencia de otros compañeros de profesión no vendía, calzado, alimentación y enseres de cocina o labranza.

Como todos los recoveros, la mayoría de las veces cobraba en grano, en pollos o en tiempo de navidad en pavos y casi siempre con huevos.

Paco no tenía tienda en Huelma, tanto los huevos como los pollos, se los llevaba Juan León y los vendía en Granada.

Cuando precisaba comprar tejidos para la recova marchaba a Granada con Juan y los adquiría en Tejidos Vázquez.

Francisco ejerció su profesión hasta los años 70 y desde ese momento y hasta que se jubiló, se dedicó a cultivar las tierras que había adquirido con lo ganado en la recova.

José Jiménez Aranda.



José Jiménez Aranda nace en Huelma el 10 de Mayo de 1924 y fallece el 10 de abril de 2007.

En su juventud era trabajador agrícola y sobre 1952, cuando contrae matrimonio con Carmen Díaz Barajas, cambia su profesión por la de recovero.

El joven matrimonio abre una tienda de ultramarinos en su casa y allí la esposa vendía lo mismo que el marido llevaba a los cortijos, azúcar, arroz, sal, chocolate, carne de membrillo, etc. Y también por encargo calzado.

Su zona de trabajo eran las Garruchas, El campo del Moral, Cabrita y Solera.

A diferencia de los demás recoveros de Huelma, José vendía pescado, que previamente había adquirido en la pescadería local de “Sonajas”, ya pesado y envuelto en papel de estraza, en paquetes de medio y de un kilo.

Tenía tres o cuatro burros que llevaba atados unos a otros de forma que caminaran en fila, se subía en el primero y los restantes transportaban la mercancía. Esta hilera de burros le valió el sobrenombre de José el del tren.

Fue recovero unos 12 o 15 años hasta la década de los 60 cuando la población diseminada comienza a agruparse en el pueblo, cada vez había menos gente en los cortijos y al final solo salía a vender algunos días de la semana.

Con lo que ganó en la recova y la tienda, compró tierras y terminó su vida laboral dedicada a la agricultura.

Sebastián Ruiz García.



Nace en Huelma el día 23 de Enero de 1925, hijo de Manuel Ruiz Fernández y Ana Ramona García Díaz y se casa con Amanda Gómez Ortega, era conocido en la localidad como Sebastián el Alfarero.

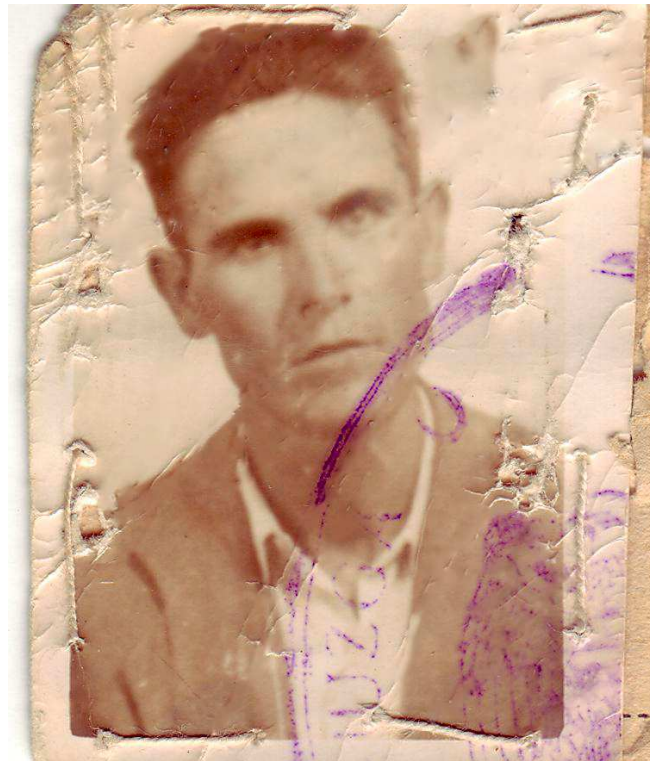
Empezó a ejercer este oficio en los últimos años de la década de los 40, para ello compró un burro y con él iba a Granada a recoger el género para venderlo en la recova. Vendía tejidos, pequeñas confecciones, menaje de cocina, etc.

Su ruta de trabajo era Solera y los cortijos de esta zona, los Nacimientos, el Ayozo, Caña Hermosa, La Umbría etc., hasta llegar a Cabra del Santo Cristo.

Al igual que los restantes recoveros, cobraba en huevos, conejos, gallinas que luego vendía su esposa en una tienda que la familia regentaba en Huelma.

Con el paso del tiempo cambió el burro por un coche 2 CV, un Citroën ASK 400, que era una de las primeras furgonetas que vinieron a Huelma. Se convirtió así en el único recovero motorizado. Falleció en 1972 en un accidente de tráfico ejerciendo su trabajo en el cortijo de Aguas Blancas en el término de Cabra del Santo Cristo.

Pedro Barajas Montoro.



Nace en Huelma en 1924, se casa en 1951 con Francisca González Trujillo y fallece en Jaén en 2007.

De joven había sido agricultor, trabajando tierras arrendadas, pero poco después de contraer matrimonio se quedó sin trabajo.

Pedro tenía un grave problema de visión, y en los espacios interiores, su vista era prácticamente nula, sin embargo, en el campo, con la luz solar mejoraba bastante. En consecuencia, tuvo muy claro que debía buscar un trabajo que se pudiera llevar a cabo en espacios abiertos y decide dedicarse a la recova.

Sus recursos económicos eran muy limitados, se reducían a cuatro mil pesetas que Francisca acababa de heredar de sus padres.

Con ellas compraron las mercancías imprescindibles: pañuelos, calcetines, retales de tela para sábanas, azúcar, arroz, especias y poco más.

También se hacen con un caballo y un mulo, con los que empieza a recorrer los caminos cercanos a Huelma.

Como todos los recoveros cobraba en huevos que se vendían en Granada.

A veces también cobraba en pequeños animales vivos gallinas, conejos e incluso en Navidad en pavos.

Cuando ocurría esto, Francisca los sacrificaba y los vendía en su casa. Posteriormente cuando ya era mucha la carne para vender, deciden poner un puesto en la plaza. Les

fue tan bien, que con las ganancias obtenidas montaron una granja de cerdos, y empezaron a elaborar y vender sus propios embutidos caseros.

A partir de ese momento, su empresa empezó a crecer y hoy, cincuenta años después, varios de sus hijos continúan regentando una de las carnicerías más afamadas de Huelma.

En 1967, debido a sus problemas de visión, Pedro se vio obligado a dejar la recova.

José Fernández Fernández y María Valenzuela Cees.



Nacido en Huelma el 3 de abril de 1905, se casa con María Valenzuela Cees el 7 de octubre de 1931 y fallece en Huelma el 4 de Enero de 1974.

Era conocido en la localidad como José sopas.

En 1941 José inició su labor como recovero con un caballo, con él recorrió los cortijos desde Cabrita hasta Belmez de la Moraleda y desde la estación de cabra del Santo Cristo hasta la de Huesa.

En sus inicios vendía únicamente ultramarinos, pero poco después amplió su oferta con menaje de cocina, algunos alimentos no perecederos y telas.

Como era mucha la competencia y había que dar buenos precios, me cuenta su hijo, que José se desplazaba hasta Barcelona para comprar los tejidos que luego vendía, porque allí le resultaban más baratos.

José y su familia tenían dos tiendas en Huelma, una de ultramarinos y otra de tejidos. Estaban situadas en habitaciones contiguas y comunicadas, pero con entradas desde el exterior por distintas puertas, de ahí que uno solo de sus hijos atendiera los dos negocios, acudiendo de uno a otro, en función de a cual entrara el cliente.

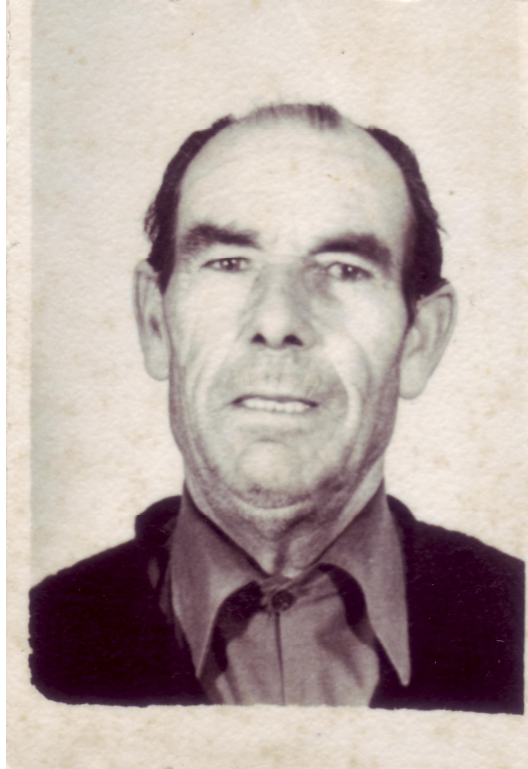
Toda la familia Fernández Valenzuela se dedicaba al comercio. El padre como ya he dicho vendía por los cortijos. La madre hacía lo mismo, pero dentro del pueblo, de casa en casa, portando en una cesta pequeñas mercancías, que ofrecía a sus clientes. Al igual que a su esposo, lo habitual, era que le pagaran con huevos.

Los hijos Miguel y Leandro, según me cuenta este último, cuando eran pequeños, cada mañana antes de ir a la escuela, iban en busca de su madre, que ya llevaba un rato trabajando, para coger los huevos que cargaba en la cesta y llevarlos a la tienda, de forma que ella no tuviera que interrumpir su trabajo.

Cuando fueron mayores, continuaron con el negocio familiar y hasta su fallecimiento, Leandro mantuvo una tienda de confección donde antes tenían la de ultramarinos.

José se retiró en 1964, pero desde 1957 contó con la ayuda de su hijo Miguel.

José Maya García.



José nació en Noalejo en 1913, pero contrajo matrimonio en Huelma con Maria Fuensanta Guzmán García en 1939, y desde entonces residió en Huelma.

Por una herida de guerra, había quedado lesionado en una pierna, lo que le ocasionaba una evidente cojera, que no le impidió trabajar como recovero.

Se dedicó a la recova desde que contrajo matrimonio en 1939, y a lomos de dos burros, recorrió los cortijos de la zona de Huelma.

Al igual que los restantes recoveros cobraba con huevos y pollos, que posteriormente vendía su esposa en un puesto de pollería que regentaban en el Mercado de Abastos.

Su cojera junto con el hecho de que se familia vendía pollos, le llevó a ser conocido en Huelma con el sobrenombre de “el cojo de los pollos”.

José simultaneó su trabajo de recovero con el de ganadero. Criaba vacas y vendía la leche que producían a los vecinos.

Permaneció como recovero hasta 1968, cuando lo dejó para dedicarse a su puesto en el mercado.

Juan de Dios Martínez Rodríguez.



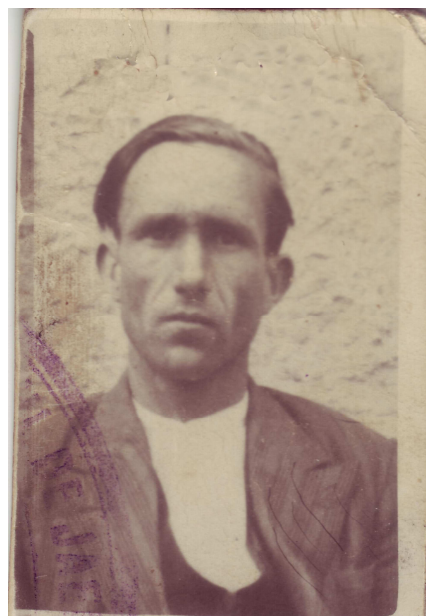
Juan de Dios nace en Huelma en 1886 y se dedicó a la recova desde muy joven, siendo esta su profesión durante toda su vida.

Al ser el recovero más antiguo que he encontrado, la forma en que ejercía el trueque presentaba algunas diferencias con los más modernos.

Disponía de dos burros y con ellos marchaba a Granada a comprar arenques, telas y pequeñas confecciones, que luego vendía en los cortijos de la zona de Cabrita en Huelma.

Cobraba como todos los recoveros en especie, huevos, animales de corral, y en este caso también en palomas y en la lana de esquila de las ovejas. Esta lana la transportaba con su burro hasta Granada donde la hilaban y la devolvían en madejas, que Juan de Dios vendía por los cortijos para la confección de prendas de abrigo.

Juan Martínez Lirio.



Nace en Huelma en 1911, es hijo de Juan de Dios Martínez Rodríguez, también recovero y de él heredó la profesión.

Toma la misma ruta de su padre por la zona de Cabrita, cortijo de la Reja y la Villa. Marchaba con un burro y vendía telas, aliños para la comida, arroz, café y al igual que los demás recoveros contemporáneos suyos, cobraba en huevos y animales de corral, que luego vendía en Jaén, ya que no disponía de tienda en el pueblo.

Su hija aún recuerda que por navidad era frecuente que el trueque se hiciera con pavos y con ellos venían andando desde los cortijos hasta Huelma.

Estuvo ejerciendo la profesión hasta los años setenta, en que la recova dejó de ser un negocio ya que la población dispersa en cortijos, se había ido trasladando al pueblo. Juan terminó su vida laboral como trabajador agrícola y falleció en Huelma en 2004.

Pedro Pérez Doménech.



Nacido en Huelma el día 7 de Julio de 1921, se casó en 1950 con Antonia Sevilla Muñoz. Tras contraer matrimonio, comenzó a trabajar en la recova. Para ello se hizo con un burro a cuyos lomos recorrió los cortijos de la zona, las Garruchas, el Ruicerezo, el campo del Moral etc., vendiendo según sus propias palabras “cosas de comer” como chocolate, arroz, café, tabaco, aguardiente, vino y vinagre.

En años posteriores introdujo también la venta de pequeña confección: calcetines, ropa interior y mandiles ya confeccionados. Me comenta, que estos mandiles eran muy novedosos, porque en aquellos años la ropa la cosían las mujeres en casa, y el venderlos ya confeccionados “no se había visto nunca”. Todas las “mozuelas” querían tener uno, y en algunos cortijos llegó a vender hasta cuatro ó cinco de una sola vez.

Este recovero y su familia, vivían en la calle Alarcón, y aunque no tenían tienda, en su misma casa, su esposa vendía a las vecinas los mismos productos que él llevaba por los cortijos.

Como el resto de los recoveros, cobraba en huevos, y muchas veces en trigo, que luego vendía a las panaderías del pueblo.

Pedro observó que el trigo que recogía en la recova tenía fácil salida, y pensó que la compraventa de este grano, podría ser un buen negocio. Además, tenía cierta

experiencia, ya que en la posguerra, según me cuenta, se había dedicado al estraperlo, comprando trigo en Huelma y vendiéndolo en Mancha Real.

Deja la recova y se dedica hasta 1966 exclusivamente al negocio del trigo que le resultaba económicamente más rentable.

Un verano, Cuando tenía 45 años vuelve a cambiar de profesión. El Ayuntamiento de Huelma convoca una plaza de Policía Municipal, opta a ella y la gana dedicándose a ello hasta que se jubiló.

No obstante, mientras fue Municipal, no olvidó el negocio del grano, y recuerda que a quienes no podían pagar las contribuciones e impuestos, él les prestaba el dinero y luego se lo devolvían en grano cuando recogían la cosecha.